

El equilibrio del Evangelio

Los radioyentes preguntan y la Biblia tiene la respuesta

¿Si es cierto que no somos salvos por las buenas obras que hagamos, quiere decir esto que si no obedezco los mandamientos de Dios puedo ser salvo, siendo desobediente?

Durante una campaña de evangelismo que hace algunos años se condujo en Cuba, tuve el honor de presentar la Palabra en las dos iglesias de una antigua ciudad colonial llamada Camagüey, en ambas iglesias cada noche.

Al terminar de predicar en la última de ellas, cuando me dirigía a la puerta de salida para despedir a la congregación, decidí dar mi Biblia a alguien para que me la tuviese por un rato mientras saludaba a los visitantes. Para ello, toqué en el hombro a un desconocido para que me hiciera el favor de pasarme la Biblia a quien me la cuidaría. Muy poco sabía entonces lo que ese toque en el hombro significó para ese caballero.

A la siguiente noche uno de los recepcionistas me entregó un sobre con la siguiente carta:

“Pastor, ayer noche, por primera vez, invitado por unas amistades tuve la oportunidad de escuchar su conferencia. Por momentos sentí como sus palabras iban penetrando mi mente y vi que las escenas de su relato eran iguales a los de mi vida.

“Al terminar su conferencia, usted, por divina casualidad, llegó hasta donde yo estaba poniendo su mano sobre mi hombro para llamarme la atención para que tomara su Biblia y la pasara al señor que estaba sentado a mi derecha. Fue como si en ese momento me transmitiese un mensaje: ‘Escuchaste todo lo que dije?, pues eres tan pecador como el hijo menor del relato de San Lucas. Pero estás hoy aquí para arrepentirte.’ Como el joven del relato he pecado contra el cielo y contra mi madre... Vergüenza y arrepentimiento sentí de mis actos. Al chiquero debí acudir a comer con los cerdos. Luego, al estrechar su diestra a la salida y escucharle decirme: ‘Que el Señor esté con usted y tenga un feliz noche’, me hizo reflexionar y aunque realmente no pasé una buena noche, sí lo fue de arrepentimiento.

“Usted ayer me mostró el único camino para mi salvación, el único camino donde no sentiría vergüenza ante mi madre, el camino del Señor, Le estoy y le estaré eternamente agradecido por mostrarme los errores en los que vivía; por señalarme el verdadero camino a seguir.”

Guardaré esta carta como un recuerdo muy grato de alguien que se encontró cara a cara con Cristo Jesús. Y cuando nos encontramos con Jesús tiene que haber un cambio. O aceptamos la verdad redentora de Cristo o esa verdad un día tendrá que enfrentarse a nosotros.

El que se encuentre con Cristo tendrá que sufrir un cambio en su vida. O lo sufrirá en forma positiva o tendrá que verse señalado para el resto de su vida. Frente a una realidad inevitable, o seguimos a Cristo o nos veremos convertidos en enemigos de su causa.

Quien llega ante Cristo no será más la misma persona. ¡Qué maravilla el encuentro con Jesús!. La palabra **“evangelio”** quiere decir *“buenas nuevas de salvación”*. En otras palabras, *‘buenas noticias’*. Eso es lo que en griego quiere decir la palabra *“evangelio”*. El evangelio es una buena noticia. Cuando los cristianos se encontraban con sus familiares y les decían: *“Vengo a traerte el evangelio”* querían decir *“¡Vengo a darte una buena noticia. Cristo murió por ti para que seas salvo!”*. Esa es la buena noticia del evangelio.

Sin embargo, como bien escribiera San Pablo en Gálatas 1:6-8:

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.”

Solamente hay un evangelio, el evangelio de Jesucristo, el evangelio de salvación. Hay un gran problema en el evangelio desequilibrado. Si es que acaso pudiéramos llamar “Evangelio” a una doctrina que no tenga equilibrio. Porque verdaderamente el balance está en el hecho de reconocer que hay extremos. El que golpeó a las hermanas de la iglesia de Galacia, a los que San Pablo escribe su carta, fue el extremo del legalismo.

Hoy día hay un reavivamiento en la iglesia y me hace sentir feliz ese reavivamiento en cuanto a la justificación por la fe. Eso a traído a mi vida un rayo de esperanza, de luz y de alegría al saber que Jesús lo hizo todo por mí. Eso es maravilloso, pero podemos también perder el equilibrio en otra cosa. Es el concepto de que así como Cristo lo ha hecho todo por mí, —y me gozo en la justificación por la fe y no por las obras, ya que esto es muy bíblico, algunos se han ido al extremo de pensar entonces que no tienen ninguna responsabilidad con Jesús.

Entremos en un breve análisis al respecto. Existe el extremo del legalismo que hace creer que todo el precio de la salvación depende de lo que yo haga para ser salvo como también el otro extremo el cual me llevaría a pasear por los vados de la “gracia barata”. ¡No, no estoy hablando de la gracia gratis!, —valga la redundancia— porque realmente, no nos cuesta nada la salvación, no porque no valga nada sino porque no hay bolsillo en el Universo que pueda pagarla. Pero no es lo mismo que la gracia sea “gratis” que “barata” porque lo barato es lo que no tiene valor; lo gratis, sí lo tiene pero no se cobra porque el que lo recibe no puede pagarlo.

El equilibrio del evangelio está en el asentamiento sólido en la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si nosotros ponemos por base sólida la Roca de los Siglos que es Cristo Jesús tendremos que pensar en el asentamiento del evangelio y lo ilustro con la mesa más estable de todas: la que tiene tres patas. Contrario a lo que se piensa, una mesa, mientras más patas tenga es menos estable; es más posible que cojee. La mesa que nunca cojeará es la mesa de tres patas. Puede que las patas no tengan el mismo largo. Una puede ser más corta que las otras pero nunca

cojeará. Ella se apoya en la primera pata, luego en la segunda y, para no caerse, cae en la tercera, no importa cual sea su tamaño, pero las tres patas estarán en el suelo por igual. El evangelio equilibrado también tiene tres patas o tres puntos de apoyo. Y si nosotros entendemos estos tres puntos de apoyo nuestra vida cristiana irá hacia adelante y hacia arriba.

El primer punto consiste en el hecho de que **somos salvos por gracia**. No permita nunca que el enemigo le saque de este concepto. Usted es salvo por gracia; usted no tiene que hacer nada para salvarse, a no ser decidir serlo.

Algunos tal vez se sientan incómodos con esto pero es la verdad. Usted no tiene que guardar los mandamientos de Dios para ser declarado salvo. El día que yo tenga que hacer algo para salvarme, ya no soy salvo por gracia; soy salvo por obras. Pablo es muy claro al escribir a los Romanos, en el capítulo 4, versículo 4:

“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda”.

El acto de la salvación es un acto que obra Dios en favor de toda persona. Todos somos salvos por garantía divina. Juan nos dice que Cristo es la *“luz verdadera”* que *“alumbra a todo hombre”*. (Juan 1:9) Cristo es la luz que alumbra a todo hombre. La provisión de salvación es tan grande que todo ser humano que haya nacido o que haya de nacer en esta tierra tiene todas las posibilidades de ser salvo. Yo no puedo dudar un ápice de la grandeza de la provisión hecha en la cruz del Calvario. Toda persona en este mundo puede ser salva. En otras palabras, está garantizada para salvación. Tal vez ahora podamos entender mejor. Somos salvos por gracia; no tenemos que hacer nada, sólo aceptar. Si una obra tiene que ser hecha por el hombre es el acto de abrir la puerta. Cristo lo hizo todo. En asunto de salvación nosotros no tenemos experiencia pues no podemos salvarnos ni a nosotros mismos, ¡cuanto menos a los demás! Somos salvos por gracia por Aquel que sí tiene esa experiencia: Jesucristo. Todos tenemos derecho, en Cristo, para la salvación. Todo lo que tenemos que hacer es aceptarla. Y allí está el acto de la voluntad porque si cierto es que todo ser humano que nace en este mundo tiene derecho a la salvación, que somos predestinados para vida eterna, es una predestinación condicional: ¡si aceptas! Es la **predestinación condicional positiva**.

*“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos **predestinado** para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.”*
(Efesios 1: 4, 5.)

La otra pata ó punto de apoyo es que **somos justificados por la fe**.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (Romanos 5:1.)

Soy justificado por lo que hizo nuestro Señor Jesucristo, no por lo que hice yo. Es un acto divino. Este párrafo nos podría aclarar:

“Justificación por la fe es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre y hace por el hombre lo que él no puede hacer por sí mismo.” (E. G. White, *Test. para los Ministros*, pág. 464.)

En el acto de la justificación hay un proceso. Primeramente el ser humano es declarado salvo. Una vez que ese individuo mira esa posibilidad viene entonces el acto de la justificación. Porque al encontrarse perdido con la justicia propia que es *“trapo de inmundicia”*, ve que hay un camino abierto, que el Señor no tiene un cielo exclusivo, que es para todo aquel que cree en Jesucristo, entonces la persona mira la cruz y acepta a Jesús, inmediatamente el manto de la justicia de Cristo lo cubre para evitar que sea visto ante el universo en la vergüenza de su desnudez.

La persona es justificada; justificada con una justicia ajena. Inclusive, el recurso para agarrarse del manto, que es la mano de la fe es también un recurso donado por Dios porque la fe por la cual somos justificados no es una fe nuestra. Cuando yo aprendí esto sentí un tremendo alivio porque siempre he sabido que mi fe es muy poca. Yo siempre tengo que decir *“Señor auméntame la fe”*. Yo creí por mucho tiempo que Cristo ponía la justicia y yo ponía la fe. Pero luego descubrí que la fe que tengo que poner es como una valiosa herramienta que el ya puso en mi mano. Porque en Gálatas 2:16 nos dice:

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”

Por lo tanto, es Cristo quien me regala la fe para que le eche mano al borde de su manto. ¡Qué admirable! Pero también yo me dije, *“Rolando hay algo más que tienes que hacer: arrepíentete”*. Y me sonó aquello bíblico y me dije: *¡Verdad que sí!* Pero también descubrí que es el Señor quien *“da a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”* (Hechos 5: 31) ¡Gloria a Dios! ¡Para que yo sea salvo, Dios lo puso todo!

Hasta ahora hemos visto que somos salvos por la gracia de Cristo y justificados por la fe de Cristo. Decimos: ¡Aleluya! ¡Cristo me salva y me justifica! ¡Somos salvos por gracia! (Efesios 2:8). Entonces nos dice Dios: *“Tienes derecho a la salvación. Eres salvo porque me da el deseo de que seas salvo. Pero así como estás de andrajoso no puedes entrar a la fiesta del banquete. Ahora yo te voy a vestir de la ropa correcta que yo también te voy a regalar. Está tejida en el telar de la justicia de Cristo”*.

Pero hay una tercera pata de la mesa. Es la del equilibrio completo. Somos salvos por gracia de Cristo. Somos justificados por la fe de Cristo, pero **seremos juzgados por las obras nuestras**. Ahí está el equilibrio. El Señor me da salvación gratis, me da justicia para vestirme. ¿No tendrá derecho a esperar que mis obras sean consecuentes con lo que él me ha regalado?

No tengo por qué temer al juicio si Cristo es mi Salvador. Hay personas que viven aterrorizadas por el juicio pero la Palabra de Dios nos dice que no saldremos avergonzados en el juicio si hemos hecho de Jesús nuestro Salvador personal y vivimos por él y para él. En Ezequiel 36: 19, leemos: *“Conforme a sus caminos y conforme a sus obras los juzgare..”*

Y vi a los muertos grandes y pequeños... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros según sus obras..” (Apocalipsis 20:12).

¡Salvos por gracia... Justificados por la fe...Juzgados por las obras! Cuando el cristiano tiene esas tres patas de la mesa asentadas, su vida cristiana será una vida de victoria. En Efesios 2:8 el apóstol Pablo remarca: *“ Porque por gracia sois salvos por medio la fe, y esto no es de nosotros pues es don de Dios. No por obras para que nadie se gloríe porque somos hechura suya creados en Cristo Jesús para buenas obras las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*.

Las obras que ahora hacemos, después de aceptara Jesús y obedecerle, no son las nuestras sino las de Dios que las preparó de antemano para que las hiciésemos. Veamos este ejemplo. Hay un individuo que da ofrendas y visita a los enfermos porque piensa que eso le da méritos ante Dios. Hay otro que también da ofrenda y visita a los enfermos. Hace exactamente lo mismo que el anterior pero lo hace como un reflejo de haber sido justificado por la fe en Cristo y haber sido justificado por la fe. Aquel hace obras **para** ser justificado. El otro **por** haber sido justificado. Uno lo hace para alcanzar un propósito, el otro por haber sido alcanzado por el propósito de Dios. Por eso el texto dice que *“somos hechura suya, creados... para buenas obras....”*.

En conclusión, roguemos a Dios que nos ayude a mantener ese equilibrio del evangelio. Cristo mismo dijo: *“Cuando el Espíritu Santo venga él os convencerá de pecado, de justicia y de juicio”* (Juan 16:8). Aquí está la triple labor divina: **“de pecado”** porque soy salvo del pecado por la gracia; **“de justicia”** porque soy justificado por la justicia de Cristo y **“de juicio”** porque vamos a ser juzgados por las obras. El Espíritu Santo nos convencerá de ese equilibrio del evangelio. En estas tres cosas están las tres patas de la mesa.

No nos ocupemos en coleccionar buenas obras. Hace años yo me encargaba de hacer listas de las cosas que me faltaban por hacer y me abrumaba saber lo que me faltaba. Hoy he descubierto que aún me falta tanto como antes pero tengo más paz y tranquilidad al descubrir que Dios está haciendo en mí la labor como aquello que vi reflejado en una calcomanía en la defensa de un auto: **“Ten paciencia, Dios no ha terminado su obra conmigo”**. ¿No quisiéramos dar gracias al Señor por haber hecho tan posible nuestra salvación?

© 2015

Pastor Rolando de los Ríos

Director/Orador

del programa de radio REVELACIÓN